

# Una amistad a distancia

*Intercambio epistolar entre Torres Bodet y Ortiz de Montellano*

Lourdes Franco Bagnouls

Los avatares de una mudanza dolorosa signada por la muerte, por las necesidades económicas y de bienestar familiar provocaron que el archivo de Bernardo Ortiz de Montellano se conservara de manera bastante anárquica. Seguramente el deseo de recuperar una patria que se había abandonado años atrás para construir una vida en común, en otro país, hicieron que Thelma Lamb, su esposa, regresara a Estados Unidos, su tierra natal, viuda y con tres hijos en edad escolar. El archivo epistolar tuvo una suerte aciaga pues fue dividido en dos, una mitad fue donada a la Universidad Nacional Autónoma de México, y la otra, integrada al archivo vendido a la Universidad de Princeton. El legajo existente en México, enriquecido con otros archivos, fue publicado por la UNAM en 1999;<sup>1</sup> aparecieron en ese volumen trece cartas de Jaime Torres Bodet a Ortiz de Montellano y veintiocho de Ortiz de Montellano a Jaime Torres Bodet que provenían del archivo Torres Bodet, custodiado por la UNAM y El Colegio de México, y del propio epistolario Ortiz de Montellano donado por su viuda. El archivo de Princeton es aún más rico —por lo

que a las cartas de Torres Bodet se refiere— en los testimonios de este diálogo pertinaz entre dos amigos que supieron mantener una amistad que duró toda la vida. Llama la atención el hecho de que tanto en el archivo Torres Bodet, como en los archivos Ortiz de Montellano, existan borradores y copias —no sólo mecanográficas, sino incluso manuscritas— de los autores de las misivas —el mismo fenómeno se observa en el caso de Alfonso Reyes— lo que habla de un proceso escritural no espontáneo y de propósitos que rebasan la comunicación inocente; guardar copia de las misivas implica un regodeo en el propio discurso que se niega a escindirse del todo de su creador; es la imagen de Narciso mirándose al espejo, solazándose en los productos de su propio intelecto, es también lenguaje en ejercicio, discurso, invención y por ende, sublimación de la propia realidad.

De las treinta y seis cartas de Jaime Torres Bodet que ahora se publicarán, veinticinco están manuscritas, ocho mecanuscritas y tres son tarjetas seguramente anexadas a otro tipo de documentos, especialmente los que se refieren al intercambio de materiales para *Contemporáneos*. Las cartas manuscritas, que son la mayoría, no presentan tachaduras, lo que corrobora la idea de que eran previamente concebidas en un borrador; la letra es firme y segura. El papel en el que



Bernardo Ortiz de Montellano

<sup>1</sup> Bernardo Ortiz de Montellano. *Epistolario*. Edición, prólogo, notas e índices de María de Lourdes Franco Bagnouls. (Nueva Biblioteca Mexicana, 134) México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.

Este texto es parte del prólogo del libro *Sedienta soledad*, próximo a publicarse bajo el sello del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.



© Archivo IIA

Jaime Torres Bodet

están escritas lleva por lo general algún membrete: El Ateneo de la Juventud, Gran Hotel de Jalapa, Hotel Pennsylvania de Nueva York, las iniciales JTB, Legación de México en Madrid y la Legation du México en París.

La correspondencia muestra dos líneas de energía; una en ascenso y otra en descenso. Ascendentes son la madurez y la carrera tanto de escritor como de diplomático de Torres Bodet, pero también la gradual desilusión con la que personas y acontecimientos transcurren por su vida. En línea descendente se hallan el grado de extrañamiento y de angustia que acompaña las cartas y la presencia de la revista en el ánimo de los correspondientes.

Jorge Cuesta supo ver, con la perspicacia y precisión que lo caracterizaban, cuál era el signo

distintivo de su grupo: la soledad. Una soledad *sui generis* cuyos signos externos no eran el aislamiento, el silencio, el ostracismo o la misantropía. La soledad de los Contemporáneos era algo mucho más profundo. Era una especie de burbuja aislante que los envolvía en una atmósfera propia, una atmósfera incomprensible en su complejidad conceptual. Cuando Cuesta habla del ambiente inhóspito en el que se desenvuelven sus talentos, alude a esa incapacidad colectiva para entrar y participar activamente en el ejercicio intelectual del "Otro". En la respuesta a la carta circular enviada por Ortiz de Montellano a cuatro amigos a propósito de su libro *Sueños*, Cuesta dice: "el Yo es una indecisión, no se resigna a concluir; por eso se aspira a vivir colectivamente, a invadir el terreno del vecino, para no concluir uno donde él empieza";<sup>2</sup> pero hay una reticencia innata que lo impide. El resultado de este análisis es contundente: "somos incapaces de solidaridad". Esa incapacidad se manifiesta precisamente en el fondo de las cartas; pueden pedirse y hacerse favores, se pueden extrañar entre sí, contarse algunas —muy pocas— intimidades, pero en el fondo persiste un hambre insaciable de adhesión que nunca cuaja del todo.

La camaradería, por tanto, es un factor extraordinario en medio de estos síntomas de individualidad irrenunciable. Una de las amistades más sólidas, más duraderas, más resistentes a los avatares del tiempo, del espacio y las desavenencias fue, sin duda alguna, la de Jaime Torres Bodet con Bernardo Ortiz de Montellano. Compañeros desde la Escuela Nacional Preparatoria, su amistad creció y se transformó como se transformaron sus intereses, sus discursos, sus cuerpos, sus afectos. Lo anterior no significa que esa amistad estuviera exenta de contratiempos y sinsabores, de dudas y reclamos, de preguntas sin respuesta

<sup>2</sup> Vid. carta de Jorge Cuesta a Bernardo Ortiz de Montellano fechada el 12 de diciembre de 1933 en: Bernardo Ortiz de Montellano. *Sueños. Una botella al mar*. (Letras del siglo xx), México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1983, pp. 107-110.

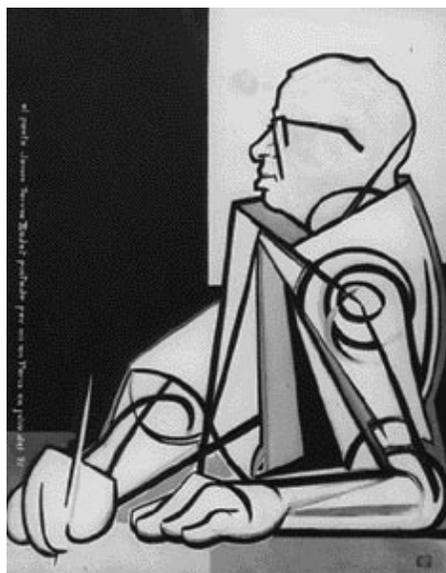
y críticas severas. Esa amistad sólo fue interrumpida por la muerte de uno de sus protagonistas;<sup>3</sup> una amistad en la que, sin embargo, la tónica central es la duda: ¿por qué tus silencios?, ¿por qué de ti nada me dices?, ¿por qué ese hermetismo respecto a tu propia persona, a tus sueños, a tus anhelos?, por parte de Torres Bodet al amigo suspicaz en extremo que callaba con obstinación haciendo tambalear peligrosamente la nave de aquella amistad. La percepción de Cuesta era exacta, no sólo hacia afuera del grupo era perceptible la soledad, también hacia adentro la comunicación resultaba ser un ejercicio difícil y doloroso porque la intimidad no era sólo un derecho y una conquista, sino un escudo infranqueable que mantenía a buen recaudo eso que tenía cada uno de esencial e intransferible; sólo las tareas en común y la literatura habrían de romper el universo de silencios en el que cada uno gravitaba. Ávido de noticias siempre sobre el país lejano, sobre los amigos idos, Torres Bodet lamenta antes que otra cosa, los silencios. Quisiera saberlo todo para poder reconstruir, mediante la imaginación, ese mundo tan querido y tan lejano, pero sobre todo quisiera seguir participando activamente de una vida intelectual en común. En este destierro que fue su vida diplomática, Torres Bodet manifiesta fuertemente la nostalgia de un pasado donde la amistad era sinónimo de confraternidad ideológica. Lejos, sin noticias, se siente aislado, sustraído de la sociedad a la que verdaderamente pertenece.

En el caso de las cartas entre los dos escritores mexicanos sucede el mismo fenómeno que se dio en la correspondencia entre Jorge Guillén y Pedro Salinas donde parece existir un acuerdo tácito para no discutir por carta ciertos aspectos íntimos de su vida que sólo —quizá— habrían de ser discutidos de viva voz. Pero si pensamos que el discurso epistolar es un ejercicio en bumerán, los cuestionamientos de Torres Bodet responden más a una insatisfacción íntima y personal, a una avidez insaciable de noticias y pormenores de la vida de México que el otro difícilmente podría satisfacer a plenitud.

El periodo comprendido entre 1914-1918 marca el inicio de esta estrecha cofradía cuando asistían a clases en el edificio de San Ildefonso,

por cuyos pasillos aún podía sentirse flotar el espíritu férreo de los jesuitas que alguna vez se albergaron entre sus muros. La actividad literaria incesante que cada uno de ellos emprendió tempranamente, los llevó a concebir y participar en proyectos editoriales. En 1918 aparecen ambos, como poetas, en las revistas estudiantiles *San-Ev-Ank* y *Revista Nueva*, ya como flamantes directores, sus nombres encabezan la revista *La Falange*, de 1922. La enseñanza que esta empresa les dejó fue, a decir del propio Torres Bodet, la convicción de que había que separar, en dos mundos independientes, sus actividades como funcionarios públicos y sus aficiones literarias. El tiempo daría a Torres Bodet la razón. La desbandada que sufrió el grupo al salir de la Secretaría de Salubridad y el posterior desmembramiento de *Contemporáneos* ratificarían su postura.

La vida facilitó el encuentro, la literatura reafirmó y confirmó la amistad; los intereses comunes crearon una dinámica que fluía de uno a otro manteniendo siempre vivos los tópicos culturales que a ambos interesaban. Posteriormente la afinidad alcanzaría también a sus familias y a sus respectivas parejas: Josefina, la esposa de Torres Bodet, haría íntima su amistad con la primera esposa de Bernardo: Marina. Las cartas evidencian la nostalgia de una vida en común, largas charlas de café, paseos los domingos, celebración instituida los 31 de diciembre, complicidad, convivencia en una palabra.



<sup>3</sup> Bernardo Ortiz de Montellano falleció a consecuencia de una operación practicada para extirparle un tumor cerebral el 14 de abril (un jueves santo) de 1949.



Jaime Torres Bodet como embajador

Cuando la vida comenzó a separarlos y Torres Bodet inició la odisea de su carrera diplomática, la situación entre ambos tomó un cariz muy particular: si hubiera que darle una forma geométrica, ésta respondería a la relación del compás y el círculo: Ortiz de Montellano es el centro fijo, inmóvil, que sirve de apoyo y de referencia al trazo circular del compás. Torres Bodet es el que viaja, el que se mueve, el que establece la línea sucesoria; Ortiz de Montellano, en cambio, permanece estático y, como una especie de venganza inconsciente, dosifica a Ulises las noticias sobre la tierra perdida, largamente añorada, imaginada, ensoñada. Madrid, París, Bruselas, La Haya forman para Ortiz de Montellano una constelación inalcanzable; para Torres Bodet son apenas los escenarios de un largo y prolongado exilio en el que no abunda el dinero y sí las enfermedades y los contratiempos; se impone la monotonía de una legación que le reclama seis horas diarias de su tiempo, ocho las dedica al sueño, cuatro a escribir y seis a la vida pública y a los desplazamientos, según su propio itinerario.

Es a partir del año 1929 cuando Torres Bodet encausa su vida profesional hacia la diplomacia; esta faceta culminaría en 1946, año en el que ocupa la Secretaría de Relaciones Exteriores. La mayor parte de la correspondencia rescatada en este volumen abarca el periodo vivido en España

entre los años 1929 y 1931. La estación siguiente en el camino de ese tren de ausencia que aborda Torres Bodet, París, está también representada en este itinerario epistolar con Ortiz de Montellano. Llama la atención la sobriedad con la que Torres Bodet habla de su vida en Europa. Las memorias dan cuenta de sus encuentros con la cultura y el arte, con los medios intelectuales y diplomáticos. La correspondencia, en cambio, no exhibe nunca la riqueza experimental que su figura política y su espíritu van adquiriendo. En las cartas predomina el recato en el contar, evitando a toda costa la ostentación; nada que haga mayor el abismo del tiempo y la distancia entre los dos amigos aparece en su discurso, nada que pudiera evidenciar la superioridad de un interlocutor sobre otro se interpone en este diálogo de pares. Acaso cuestiones de índole netamente doméstica como las distancias del hogar a la oficina, la escasez de dinero o de salud aparecen entremezcladas con el verdadero objetivo epistolar: el ejercicio de la pasión por la literatura. Pocas, muy pocas son también las ocasiones en las que ambos externan sin cortapisas, críticas sobre quienes les rodean, en una sola ocasión Torres Bodet habla acerca del clima hostil que le ofrece la sociedad intelectual española. Octavio Paz definió al autor de *Cripta* como “poeta secreto y hombre público”,<sup>4</sup> porque fue siempre la suya una postura reservada y prudente respecto a su vida personal y a sus sentimientos más íntimos; dice Paz: “conocemos al escritor y al servidor público pero el hombre íntimo se nos escapa”.<sup>5</sup> Sin embargo, la lectura entre líneas de las cartas a Ortiz de Montellano algo dicen de su espíritu interior, dolido y solitario. A pesar de la parquedad descriptiva con la que Torres Bodet obsequia al amigo atado al terruño, puede observarse una interesante evolución de su mirada de viajero: su aventura juvenil por la capital veracruzana le merece incluso la factura de tres poemas; ya investido de un cargo diplomático la perspectiva cambia, al entusiasmo cede el análisis inteligente, no es el paisaje, sino el espíritu interior que mueve a una ciudad lo que percibe: como Nueva York le parece que no hay

<sup>4</sup> Octavio Paz. “Poeta secreto y hombre público: Jaime Torres Bodet” en: *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*. Rafael Olea Franco y Anthony Stanton, eds. México: El Colegio de México, 1994, pp. 3-12.

<sup>5</sup> *Loc. cit.*, p. 9.

ciudad más perfecta ni más viva, en cambio descubre en París un fondo de espectáculo que es necesario trascender para apreciarla debidamente.

Las huellas que aún perviven de veinte años de correspondencia con Ortiz de Montellano permiten trazar una línea de cambios en la personalidad y en la forma de escribir que van marcando la evolución del joven que se convierte en hombre y la evolución del escritor que se vuelve más mesurado, más desencantado y más crítico. Sin embargo, y a pesar del reiterado lugar común del desarraigo de los Contemporáneos con respecto a la esencia y el espíritu de México, es importante ver cómo la historia y la cultura nacionales están siempre presentes en el ánimo intelectual de todos ellos. Por ejemplo, vale la pena hacer hincapié en el interés que muestra Torres Bodet en las figuras de Zapata y de Morelos, y en especial, de la vida erótica de éste último.

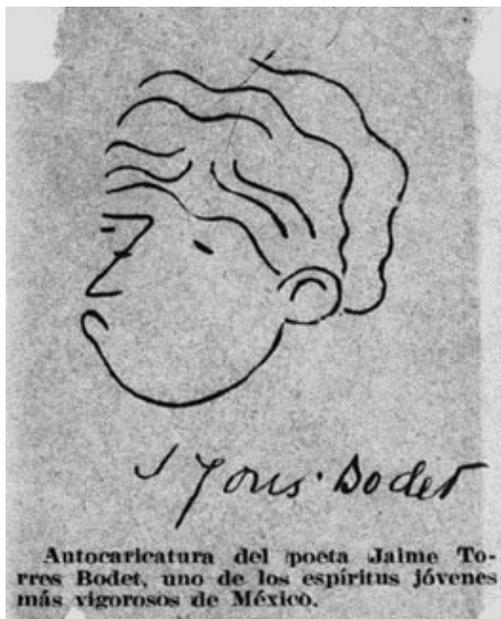
España le merece a Torres Bodet los adjetivos “buena” “honrada” “valiente” y “trágica”.<sup>6</sup> Esa primera gran lejanía de la Patria le sirve —dice— “para advertir —con nitidez más cortante— la obligación de pensar mi vida en términos diferentes”.<sup>7</sup> Madrid es uno de los destinos especialmente importantes; ahí vive de cerca los cambios sustanciales que habría de experimentar España en la primera mitad del pasado siglo, incluyendo el surgimiento de la Segunda República, en 1931, presidida por Manuel Azaña. Esa estancia en la península ibérica le dio a Torres Bodet “el tiempo y la paciencia para escribir” como testimonia en el volumen de memorias intitulado *Equinoccio*.<sup>8</sup> Tres fueron los libros publicados y compartidos a través de su correspondencia con el amigo mexicano: *La educación sentimental* (1929), *Destierro* (1930) y *Proserpina rescatada* (1931). Dos libros de narrativa y uno de poesía que marcan, a pesar del juicio injusto que Torres Bodet vertiera después sobre ellos, un hito en la concepción narratológica y poética de su generación.<sup>9</sup> En *Destierro* aparece un poema, “Pórtico” y en él una estrofa

<sup>6</sup> Vid. Jaime Torres Bodet. *Tiempo de arena*. (Letras mexicanas 18), México: Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 314.

<sup>7</sup> *Loc. cit.*, p. 317.

<sup>8</sup> Jaime Torres Bodet. *Equinoccio*. Memorias. México: Editorial Porrúa, 1974.

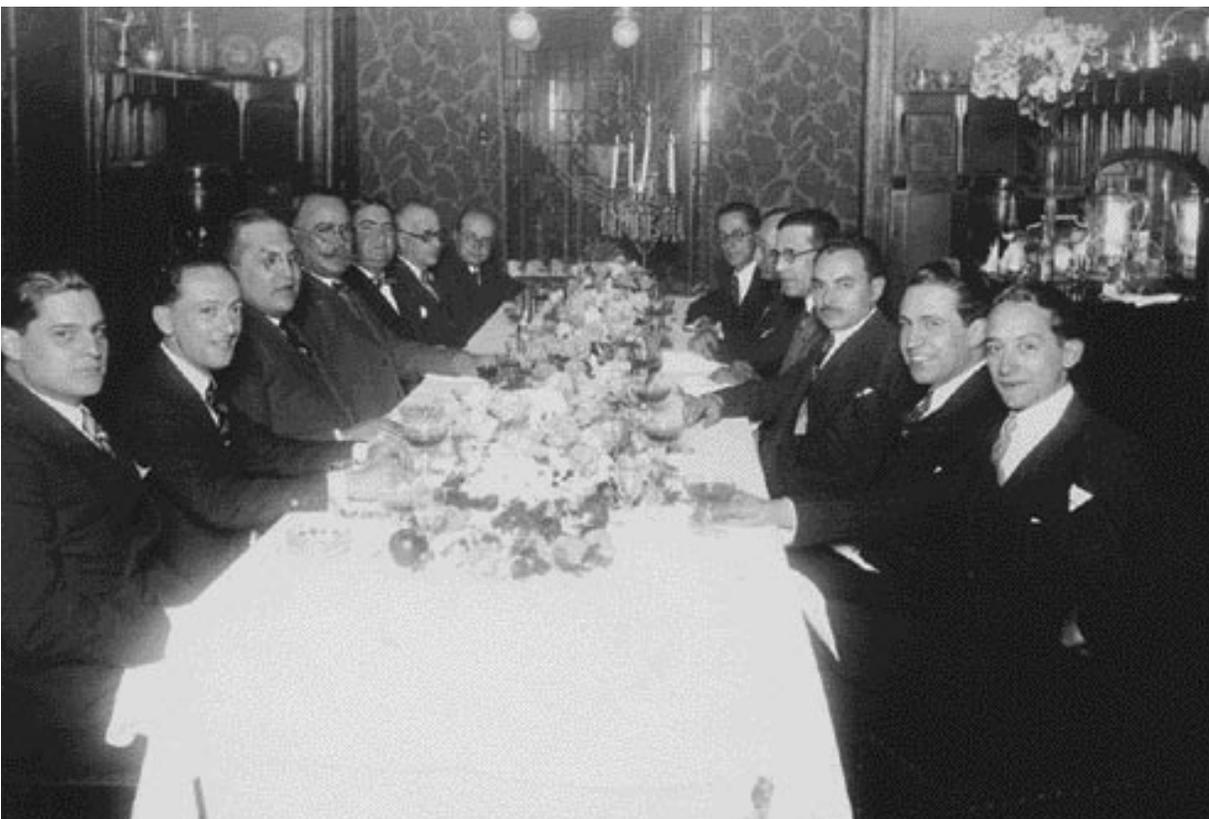
<sup>9</sup> Dice Torres Bodet en *Equinoccio* (1974): “Releí, hace poco, los libros que acabo de enumerar. *Destierro*, en efecto, fue una evasión —frustrada. Y, por cuanto atañe a *Proserpina rescatada* y a *La educación sentimental*, creo que estuve en lo justo al no incluirlas en el volumen de mis *Obras escogidas*”, p. 25.



que apuntala perfectamente esta línea de soledad que se ha venido trazando en las cartas: “De un muro al otro de la soledad /soy un hombre desnudo que sangra por un costado su sombra/ He tenido/ que aprender a nadar en una competencia de naufragos,/ con las manos tendidas/ a todos los racimos del agua en que las espumas verdecen/ mientras los cabellos perdían y recobraban a cada momento una corona de ausencias...”<sup>10</sup> Sangrar la sombra es precisamente este ejercicio paulatino de desarraigo personal y colectivo que se perfila en cada carta; la angustia que destila este poema es incontestable.

A pesar de la gran riqueza que Torres Bodet experimenta frente a los paisajes y la gente de España, como queda plasmado tanto en *Tiempo de arena* como en *Equinoccio*, el tema fundamental a tratar en las cartas a Ortiz de Montellano no es la experiencia peninsular, sino el destino, ya tambaleante, de la revista *Contemporáneos*, y con ella los últimos jirones de un sueño común. Obcecado y pertinaz, Ortiz de Montellano pretende, sin acierto, mantener a flote la embarcación; ideas descabelladas surgen de su mente febril, mismas que Torres Bodet, con mesura ejemplar, echa por tierra, cuidando

<sup>10</sup> Incluido en: Jaime Torres Bodet. *Obras poéticas*. México: Editorial Porrúa, 1967, pp. 53-54.



Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo, Álvaro Obregón, Alejandro Quijano, Francisco Monterde, Julio Jiménez Rueda, Bernardo Gastélum, Aarón Sáenz, Jaime Torres Bodet y Xavier Villaurrutia, entre otros

siempre de no herir los sentimientos de quien desesperadamente quería mantener viva la aventura. Pero a pesar de su mesura, Torres Bodet llega también a ser muy crítico y no deja de percibir que en el afán totalitarista y autoritario con el que Ortiz de Montellano condujo los últimos tiempos de *Contemporáneos* había no sólo el abandono y el desinterés de los cofrades originales del cual se quejaba Ortiz de Montellano, sino una actitud empecinada y sorda a la crítica por parte del director-editor, quien, al no escuchar, provocaba el desinterés y la desbandada del antiguo cónclave. Un año después de la desaparición de *Contemporáneos*, Torres Bodet mira con claridad cuál es el meollo de la aciaga discusión de 1932 a propósito de la crisis de las literaturas de vanguardia: "El regreso a lo humano... ¡como si alguno de nosotros hubiese tenido fuerza bastante para salir de él! Literatura nacionalista. Sólo es capaz de hacerla —de buen linaje— quien no lo intentó nunca. ¿A qué repetir ejemplos? No quieren oírnos". Hay en estas reflexiones tres puntos importantes: en primer lugar la alusión al re-

clamo de Ortega sobre la deshumanización del arte aunado a la dolorosa convicción de la incapacidad para romper ese lazo. El segundo es el que se refiere a este juego entre literatura nacionalista y literatura extranjerizante que por otro lado no es ni exclusivo ni privativo de la discusión en torno a las literaturas de vanguardia en los albores del siglo xx. Ya desde el siglo xix la pugna entre dos formas distintas de entender la práctica artística en México había llenado muchas páginas de la prensa nacional. El tercero es el más grave y también el más interesante porque reitera una vez más el gran tema central de las cartas de Torres Bodet: la soledad, la incompreensión, el silencio en torno. Su voz, como la de sus compañeros se extinguía en un desierto de incultura, falta de visión y sobra de intereses que pugnaban por imponerse canónicamente en el medio cultural.

Desde la ínsula de su elegido destierro, Torres Bodet mira cómo se van apagando las voces de sus amigos, cómo el círculo en torno a su propia soledad se cierra, cómo la vida, con su proverbial iner-



© Archivo Carlos Pellicer

Carlos Pellicer, José Vasconcelos, un amigo no identificado y Jaime Torres Bodet, ca. 1924

cia va cancelando proyectos y va dejando sólo los ecos, cada vez más tenuous de un sueño en común. Torres Bodet asume entonces una actitud cada vez más individualista, claustro cerrado donde se notan, aquí y allá, las grietas que dejan al descubierto los signos inequívocos del resquemor. Va soltando una a una las amarras, va construyendo su estatura adulta lejos de México; pero para no perderse del todo, mantiene tendida una línea que lo conecta con la tierra firme; esa línea se llama Bernardo Ortiz de Montellano para quien a raíz de su muerte en 1949 escribiera el poema “Muerte de cielo azul” en el que conjuga el afecto fraterno al camarada muerto con la inevitable perspicacia del crítico. Literatura y vida, vida y literatura en una mancuerna indisoluble que sería, en él, el signo más claro de identidad. “Somos lo que fuimos, cuando no ocurre precisamente lo contrario... Y si esto ocurre, mejor” —dice—<sup>11</sup> con la absoluta

convicción de que el tamaño del hombre depende de la suma consciente de todas sus experiencias tanto intelectuales como de vida.

Cuando un hombre como Jaime Torres Bodet toma en sus manos la decisión inapelable de cortar el cordaje de su destino, al estupor suceden una serie de interrogantes: ¿por qué, a partir de cuándo, cómo se gestó un acto de tal envergadura? En una de estas cartas existe una clave que no sólo demuestra desde cuándo bullía en su cabeza la idea del suicidio, sino el grado de confianza y de cariño que profesaba a Bernardo Ortiz de Montellano. A propósito de su precaria salud hace la siguiente reflexión: “A veces —esto es muy confidencial, otros se reirían— me da miedo pensar que toda mi desordenada actividad de estos meses, no es sino el deseo consciente de hacer mi propia liquidación”.<sup>12</sup> Cuarenta y cuatro años después la respuesta estaba dada. ①

<sup>11</sup> Vid. Madrid, 22 de abril 1931. Archivo “Bernardo Ortiz de Montellano”. Biblioteca de la Universidad de Princeton.

<sup>12</sup> Vid. 24 de abril 1930. Archivo “Bernardo Ortiz de Montellano”. Biblioteca de la Universidad de Princeton.